

C
972
S

II.

“Bien, se dijo el país; ya conozco toda la extensión de mi desgracia; ya sé que de nada me han valido mis sacrificios; ya sé que no tienen fin ni término mis penas; pero tú (dirigiéndose al Caudillo que le ha guiado al través del desierto y que le ha de llevar á la tierra prometida,) tú puedes hallar el remedio, tú puedes curar con hierro y con fuego estas horribles llagas que no se dejan manejar con aceite ni con bálsamos; cúrame, cúrame Mira que mi mal es de muerte.....”

Y Porfirio Díaz, que había permanecido sereno y firme, dirigió la mirada á su derredor y presentó un hombre..... Era un hombre de treinta y ocho años, culto como un inglés educado en Eton, urbano y comedido como un parisiense, rico como un nababo, austero y rígido como una operación aritmética....

Pero el país frunció el ceño: ¿cómo, á aquella hora en que se necesitaba de un Alberto Magno que trasmutara en metales preciosos los guijarros del camino, ó de un Midas que convirtiera en oro cuanto tocara, á aquella hora de crisis tremenda se le presentaba como salvador á un rico que debía de tener las lacras de todos los ricos mexicanos? Que se marchara, que se marchara á Europa á ejercer de *boulevardier*, á gastar el pingüe rendimiento de sus capitales costeando funciones religiosas en la Magdalena, satisfaciendo caprichos de bailarinas y haciendo el papel de *rastouquère*; que nos dejara con nuestros ahogos, con nuestros apuros, con nuestros dolores, con nuestras miserias, con nuestras penas; que no le pidiera nada á su patria como nada le piden los otros ricos, sus colegas; que se contentara con un título pontificio vano y rimbombante y que se limitara á excl-

mar, como los demás que este país estaba dejado de la mano de Dios é incapacitado de remedio, sin usar siquiera de la dulce filosofía de aquel cura que encontraba bueno á Dios cuando se comía las gachas tiernas y sabrosas.....

Pero aquí, donde los ricos de abolengo, por rudeza, por necedad, por estrechez de espíritu no han hecho nada, no han sido nada, no sirven para nada, un rico, don José Ives Limantour iba á ayudar grandemente á la salvación del país. ¿Quién era Limantour?

Era diputado, era profesor de economía política, se había dado á conocer por algunos trabajos económicos que indicaban discreción y buen juicio; no se sabía más de él. Llegó sonriente y sereno al puesto que habían ilustrado Lerdo con su amplitud de miras; Iglesias con su instrucción colosal; Prieto con su honradez; y que habían deslustrado tantos otros con su avaricia, su ignorancia, su picardía y su desorden

El puesto no era envidiable en verdad: acababan de perderse las cosechas; el metal blanco, que por los felices días que nos visitó el barón de Humboldt era el rey, ó por lo menos el virrey del universo, empezaba á bajar de un modo alarmante: cada peso valía como sesenta y cinco centavos, y el dinero, por lo menos en una de sus formas, dejaba de ser el poderoso caballero que había ensalzado el satírico..... Si á esto se añadían la depresión industrial, la ausencia de numerario y el malestar que se experimentaba en todas las esferas, se comprenderá por qué fue recibido el nuevo Secretario de Hacienda con sonrisas de escepticismo, de conmiseración y hasta de burla.

C
972
S

No acéfalos insipientes, como decía el pedante, sino hombres ilustres encanecidos en los negocios, recomendaban á Limantour una nueva suspensión de pagos. "Aproveche usted, le decían, la buena acogida que tendría esa providencia por parte de la opinión pública y libre al país de esa carga de Sisifo que acabará por matarle." "Convierta usted, le decían otros, nuestras obligaciones oro en obligaciones plata; de plata es la moneda del país y nosotros no tenemos la culpa de que se deprecie en el extranjero."

La cuestión de la plata se volvió de actualidad, y sabios é ignorantes tenían á gala discurrir sobre la alza ó la caída del metal blanco, como las marquesas del tiempo de Luis XVI hablaban del *compte-rendu* y de las medidas de Necker. Quién quería que se acuñara un peso monstruo, amalgamado de cobre, plata y oro, para que si un componente bajaba subiera el otro y si éste descendía subiera el contrario; quién que se fabricara un peso internacional para el uso exclusivo de los países hispano-americanos—algo como la unión latina casera;—quién trataba de que se dejara de comprar géneros de fuera, retrotrayéndonos á los felices tiempos de Xólotl; y quién, por fin, que les impusiéramos á los extranjeros, *manu militari*, la adopción de nuestros inmejorables pesos de plata, despreciados por arterías de enemigos que nos querían mal.

Todo el mundo hablaba, todo el mundo escribía, todo el mundo comentaba, y ante aquella ola de disparates, de negra tinta y de odio aún más negro, sólo permanecía inmovible un hombre: aquel contra quien iban los tiros, aquel que era objeto de las sátiras, aquel

á quien iban enderezados los consejos: oía, trabajaba, aumentaba los ingresos y hacía severas economías.....

Pero ni creía nadie en las economías (Bulnes llegó á compararlas á las posadas, que empiezan costando cincuenta centavos y acaban valiendo quinientos pesos por noche) ni las economías pueden hacerse más allá de cierto límite: en las sociedades modernas, la privación de ciertos gastos que significan cultura, moralidad, aumento de la vida humana, seguridad de la persona y de los intereses, no se pueden suprimir ni disminuir sin que el pueblo que tal haga se exponga á un *boycot* respecto de las demás entidades que gozan de la vida civilizada.....

Al año siguiente ¡oh, sorpresa! los gastos se hacían con absoluta regularidad, resultaba posible añadir ciertos extras á la desmedrada minuta de la comida nacional, se equilibraban los presupuestos, se cerraba el ejercicio fiscal con un excedente considerable, y nuestro papel, que había fluctuado en las bolsas extranjeras por modo alarmante, ganaba un lugar que nunca había tenido y que no han llegado á conseguir después para sus valores las otras repúblicas hispano-americanas.

Error común á todos nuestros ministros de hacienda había sido el creer que cuanto se gastara en el país tenía que salir del presupuesto ordinario de egresos: subvenciones á ferrocarriles, saneamiento de ciudades, canalización y mejora de puertos, construcción de hospitales y manicomios, erección de monumentos públicos, todo, todo se quería sacar del debilitado presupuesto de egresos. ¿Qué resultaba de allí? Una cosa: que ni se levantaran los monumentos, ni se pagara á los acreedores del Estado, ni se llegaran á concluir las obras de recreo y orna-

C
972
S

to, ni se pagara sueldo á los empleados, ni hubiera tinta para los oficinas, ni se hiciera nada cabal ni en forma. Limantour destruyó esa anomalía disponiendo la contratación de empréstitos destinados á pagar esos gastos extraordinarios: así, ni se desmembra el presupuesto, ni se hace pagar á las generaciones en cuya época se ejecutan esas obras, el importe de lo que gozarán los que vengan después. Los jacobinos, que hace mucho tiempo desempeñaban en nuestro organismo social el papel que desempeñan en el organismo humano los órganos desaparecidos ó sin función, como el apéndice intestinal, se espantaron al saber que se contrataban nuevos empréstitos; pero esos rezagados de Ayutla, que de seguro habrían hecho pagar á Dafne el importe de las peras que produciría el peral que plantaba y cuyos frutos saborearían sus nietos, no fueron oídos por nadie en el país.

Existían aquí papeles de todos los colores, de todos los orígenes, de todas las denominaciones, y ganando todos los réditos imaginables; el empréstito de 88, el empréstito de 90, el empréstito de 93, el empréstito de Tehuantepec, la deuda interior consolidada de 3 p S , la deuda flotante, los certificados de alcances y más de diez clases de bonos por subvenciones á ferrocarriles, formaban un laberinto en que no bastaban toda la ciencia ni toda la habilidad del mundo para orientarse.

Limantour tuvo un rasgo genial: se propuso trazar el límite entre nuestra nueva orientación económica, entre la estrecha y caduca ley de Moisés y la amplia y salvadora de Cristo, entre el México insolvente y el México con crédito, é introducir el orden y la unidad entre

tantas cosas inconexas. Por las leyes de 6 de septiembre de 1894 todos aquellos créditos, todos aquellos bonos, todos aquellos papeles, todo aquel embrollo con excepción de los bonos oro de 1888, 90 y 93 y de los de Tehuantepec quedaron unificados con ventaja para la nación, que paga réditos mucho menores y sabe cuánto, cómo y á quién debe. El 30 de junio de 1896 quedó cerrado el ciclo vergonzoso, triste, degradante é innoble de nuestra historia y relegadas al olvido las humillaciones de nuestro pasado. La prescripción acabó con todas las reclamaciones que antes no habían sido presentadas, ó que presentadas no habían podido ser comprobadas.

Todavía más: importaba descargar al país de una parte de lo que anualmente pagaba por réditos de su deuda en oro, haciendo tangibles al mismo tiempo las ventajas del crédito de que disfrutábamos. Aprovechando una coyuntura por extremo favorable, el señor Limantour se trasladó al extranjero y logró, tras habilísimas gestiones, que los cuatro empréstitos de 1888, 1890, 1893 y el de Tehuantepec se unificasen y convirtiesen en un 5 p S amortizable que nos colocó de derecho entre los pueblos que por su crédito y solidez pagan corto rédito por sus deudas, libertó de hipoteca al ferrocarril de Tehuantepec y dejó sin gravámenes muchas y muy saneadas rentas afectadas por los arreglos anteriores.

La operación tuvo el siguiente resultado:

“Al cerrarse el plazo para la conversión de los cuatro empréstitos oro al precio de 99, señalado á los nuevos títulos 5 p S , resultó que, á pesar de que los banqueros solo tomaron en firme, de conformidad con el contrato, £13.000.000 del nuevo empréstito, se presentaron á con-